

rifleros no usaban esta arma, no resistieron la carga, sino que volvieron en desorden á ocupar la posición primitiva.

Entre tanto, Vega había bajado la loma y hecho cargar su caballería; pero esta, que era irregular, no verificó la operación, siempre delicada, en masa, sino que haciéndolo á la desbandada, no produjo el efecto deseado.

La consecuencia fué una retirada en desorden.

Miramón comprendió que había llegado el momento de tomar la ofensiva. Redobló el fuego de su artillería, y protegido por ella, avanzó toda su línea al ataque.

El General en Jefe me había ordenado que enviase dos obuses de montaña á la brigada del General Arteaga. En consecuencia, mandé á mi Ayudante Hoffman, que me manifestó su deseo de quedarse á servir las piezas. Le manifesté lo inconveniente de su petición, haciéndole observar que el militar debe conformarse con el puesto que le toque; pero tanto me suplicó que lo dejara satisfacer el deseo que tenía de batirse materialmente, que al fin hube de consentir.

Los rifleros de Quiroga y la brigada de Arteaga fueron los que recibieron el ímpetu del choque de las tropas de Miramón.

El empeño fué vivísimo; pero de corta duración. Los rifleros derrotados, tomaron sus caballos y emprendieron la fuga. La brigada de Arteaga se dispersó pasando muchos, aunque con trabajos, á través del bosque, perseguidos por el enemigo. Los tiradores de Bravo, que fueron los que opusieron mayor resistencia, quedaron diezmados, y su Coronel Cristo lleno de heridas y prisionero.

Las piezas se perdieron, y con ellas cayó mi Ayudante Hoffman. Como estos hechos tenían lugar en el momento en que la caballería de Vega subía la loma al galope, haciendo un trayecto semicircular hacia la retaguardia del campo, para buscar el camino de Apaseo; las tropas de segunda línea creyeron que aquella caballería era del enemigo; y tal creencia, introduciendo la mayor con-

fusión, produjo el desbandamiento de los pocos soldados que quedaban formados.

Desde aquel momento ya no fué posible contener el torrente que se desbordaba, buscando el único camino de retirada.

Los reaccionarios que perseguían á los dispersos de Arteaga, atravesaban también el bosque, y encontrando á la caballería de Lamberg, la comenzaron á fusilar á quema-ropa, parapetados en la cerca, con la mayor impunidad.

Aquella caballería, ya desmoralizada con el ejemplo de los que huían, y acosada por el fuego que le hacían sin que pudiera defenderse, tuvo necesidad de emprender una retirada, que pronto degeneró en fuga.

Aglomerados los fugitivos de la caballería de Vega, de los rifleros y de los lanceros de Lamberg, en un camino estrecho y pedregoso, sin poder extenderse por los campos, formaban un conjunto abigarrado y deforme.

En vano algunos Jefes pretendían contener aquel desorden y organizar alguna tropa para contener la persecución que hacía el General Tomás Mejía. La tropa, insolentada, no obedecía, y había soldados que preparaban su arma, encarándola al que pretendía detenerlos.

Así era aquella una carrera interminable. A poco se empezaron á encontrar caballos reventados, y efectos de equipo tirados por donde quiera.

La agitación y el polvo habían hecho enmudecer á todo el mundo, cuya voz no tenía fuerza para ser escuchada á pocos pasos de distancia.

Cada uno llevaba una máscara negra producida por el polvo y el sudor, de suerte que aquella cabalgata, más que de hombres, parecía ser de demonios.

Pero lo peor del caso era que no siendo posible hacer ninguna resistencia, la carrera no se podía interrumpir, porque el enemigo perseguía muy de cerca con sus gritos y con sus disparos.

En aquel inmenso desorden fué digno de ver un Sargento 2.<sup>o</sup> que había reunido unos treinta infantes y los tenía á un lado del camino, descansando sobre las armas.



El Cuartel Maestre, General Santiago Tapia, había sido atravesado de un balazo en el pecho, y su Ayudante el Teniente D. Jesús Ponce de León, lo sacó del campo de batalla en los momentos más críticos, sosteniéndolo en el caballo.

La sección del Coronel Seguíñ había también abandonado el campo, casi sin combatir.

El resultado de la batalla fué la pérdida de toda la infantería y artillería, y la dispersión de mucha parte de la caballería.

Aquel día ha sido en mi vida uno de los más terribles. A consecuencia de la marcha nocturna y del sereno que recibí durante ella, se anticipó el ataque de tercianas que solía darme en la tarde, y que le tocaba aquel día.

A poco de comenzar la batalla y durante una parte de ella, me acometieron los fríos, que tuve que sufrir en el caballo, así como la calentura que se declaró después.

Cuando la fuga, me hallaba en tal estado de debilidad, que apenas me podía sostener en la silla. Delante de mí iba un riflero de Nuevo León, arreando una poderosa mula herrada de las cuatro patas. De vez en cuando el animal, hostigado por la reata que le caía sobre la cola, disparaba coces terribles. En una de esas veces alcanzó á pegarme de lleno en la espinilla izquierda, causándome un dolor tan vivo, que poco faltó para que me dejara caer; pero el instinto de la conservación hizo que me afanzara en la silla con todas mis fuerzas.

En esto, fué necesario saltar una pequeña cerca, y al verificarlo, sentí que la silla se ladeaba por haberse aflojado el cincho; y como caer y ser muerto por los lanceros que nos perseguían de cerca, era todo uno, hice un esfuerzo poderoso con que logré enderezar la silla, y ya tuve mucho cuidado de guardar el equilibrio, hasta que hubiera oportunidad de componer el cincho.

Para mayor pena, se me había soltado el cabestro, é iba arrastrando entre las patas del caballo; mas á consecuencia de la debilidad en que me hallaba, y por no estar asegurada la silla, no me era posible inclinarme durante la carrera para recogerlo.

Afortunadamente, en aquellos momentos se me acercaron el Teniente Coronel Juan Espinosa Gorostiza y Mr. Renaud, Ayudante del General Doblado, quienes viéndome en tan afligida situación, me ayudaron á recoger el cabestro y me dijeron que no se separarían de mí hasta que estuviéramos en salvo. Así, dejando respirar á los caballos cuando la persecución no arreciaba demasiado y volviendo á apurarlo cuando se acercaba, íbamos venciendo la distancia que nos separaba de Celaya.

Llegamos á un ranchito en donde eché pie á tierra, para componer el cincho, y beber un jarro de agua, para apagar la sed que me devoraba. Pero de pocos momentos pudimos disponer, porque nuestros perseguidores se dejaron ver sobre una loma, y fué preciso continuar nuestra carrera.

En este tiempo ya habíamos salido del callejón, y los fugitivos, hallando campo libre, comenzaron á tomar distintas direcciones, de modo que los que íbamos sobre el camino éramos relativamente pocos.

Al pasar junto á mí el General Doblado, me había dicho que procurara reunirme con él en Celaya, para que nos retiráramos á Morelia.

Me resolví á tomar el partido que me aconsejaba el General, porque en el estado de mi salud, me hubiera sido imposible llegar á San Luis Potosí, á donde probablemente se dirigía D. Santos Degollado.

Llegados á Celaya, después de haber corrido unas diez leguas, busqué al General Doblado, que estaba en el mesón.

La mesa estaba servida, y yo me acerqué á tomar algún alimento, que tanto necesitaba.

Dejaba sobre la mesa una taza de caldo que estaba ardiendo, por lo que no había podido tomarlo, cuando sonaron dos cañonazos, á los que siguieron tiros de fusil, gritos y carreras.

Vinieron á avisar que estando las tropas de Mejía en los suburbios de la ciudad, el pueblo, que era belicoso y fanático, había sacado dos piezas de montaña y algunos



fusiles que tenía ocultos, y comenzaba á hacer fuego desde las alturas que había tomado, sobre los liberales.

Como éstos estaban dispersos y sin orden, no era posible organizar ninguna resistencia, tanto más, que las tropas reaccionarias irían llegando unas en pos de otras haciendo por momentos la situación más crítica.

Todo mundo corría, buscando la salida por algún parapeto que lo permitiera, pues la ciudad estaba fortificada y la mayor parte de los parapetos cerraban enteramente las calles.

Entre tanto, el pueblo aumentaba y lanzaba piedras y balas contra los fugitivos. Algunos momentos más, y ya no era posible la retirada.

En tan crítica situación, el General Doblado determinó que saliéramos inmediatamente.

Montamos á caballo en el patio del mesón, cuya puerta se abrió para dejarnos paso; y por la línea más corta salimos del perímetro, y tomamos el camino de Amoles.

A la salida de la ciudad hallamos un cañón de á 4 en medio del camino, sin dotación de personal ni de ganado, y sin que se supiera quien lo había conducido hasta allí.

Más adelante encontramos unos ochenta lanceros de Michoacán, cuyo Comandante, mirando el desorden que había en Celaya, salió de la ciudad, temeroso, y con razón, de que en el desorden fuese envuelta su tropa. Desde luego, aquel Oficial se puso á las órdenes del General Doblado, y ya se pudo disminuir la velocidad de la marcha, porque la persecución había cesado.

A la caída de la tarde pasamos por las goteras de Amoles, cuyo pueblo se hallaba reunido en la plaza á consecuencia de una fiesta.

Por fortuna, aún no había allí noticia de nuestra derrota, lo que evitó que aquel pueblo reaccionario y bravo, hubiese caído sobre nosotros.

Así caminamos hasta una hacienda inmediata, á donde llegamos ya de noche.

Era tal mi debilidad, que no tenía fuerza para desensillar el caballo. Con mil trabajos pude tirar al suelo la si-

lla y el freno, y amarrar el animal de un poste; no ocupándome ni de su pastura, porque ya no me podía tener en pié.

Mi grande afán era acostarme, lo que verifiqué con mucho gusto en un piso de tierra desigual y húmedo; pero apenas estaba formulando en mi interior una acción de gracias á Dios, porque me concedía aquel descanso, cuando un hombre entró despavorido, anunciando que los de Amoles se estaban armando para venir sobre nosotros.

Inmediatamente dió orden el General de ponernos en marcha. Aquí fueron mis congojas; mi mozo se había largado desde que vió los primeros síntomas de la derrota, llevándose los víveres, las medicinas y el caballo que montaba, que también era mío, y me dejó abandonado á mi destino.

En vano procuré alzar la silla del suelo, no pude con ella. Entonces Octavio Rosado (hoy General), tuvo á bien ensillar mi caballo, poniéndole un bozal, porque el freno había desaparecido.

Nos pusimos en marcha, caminando en la obscuridad, por lugares desconocidos para la mayor parte de los que íbamos allí.

Como yo no podía gobernar el caballo con el bozal, me quedaba atrás, y temía extraviarme en aquel laberinto. Luego apuraba al pobre animal, que ya empezaba á manifestarse cansado, y me incorporaba á la caravana.

Cuando cerca de la media noche llegamos á un río, los caballos se lanzaron frenéticos al agua, sin que nadie pudiera contenerlos, y fué preciso dejarlos hasta que se hartaron de beber.

Entonces se hizo necesario pasar el río en canoas; mas habiendo brincado un caballo sobre una de ellas, la hizo zosóbrar con todos los efectos y personas que iban en ella.

Esta aventura, que no traía más riesgo que una mojada en tan mala hora, hizo reír á todos los circunstantes, menos á mí.

Eran tales mis tormentos y mis ansias, y tan amarga la hiel que con mil trabajos arrojaba por la boca, que pe-



dí á Dios con todo mi corazón, que aquellos fueran los últimos momentos de mi vida. Pasados todos á la orilla opuesta, continuamos la marcha por un terreno pantanoso. Apenas habíamos andado algunas varas, cuando el caballo del Lic. Siliceo casi desapareció en un atolladero, de donde con mil dificultades se pudieron sacar jinete y caballo.

No sé si aún me duraba la calentura, ó por efecto de la debilidad mi imaginación estaba de lo más excitada, haciéndome ver las cosas más fantásticas, dándoles formas caprichosas á los árboles y otros objetos que se presentaban á mi vista. Yo sabía bien que aquello era efecto de la enfermedad; pero á pesar de tal conocimiento, seguía mirando las mismas figuras.

Sin embargo, algunas veces llegué á dudar del estado de mis sentidos, pues habiendo visto unos fuegos fatuos que se agitaban en vertiginoso movimiento, tuve que preguntar á varios si también los veían, para asegurarme de la realidad.

Llegamos, por fin, á la deseada hacienda de la Zanja, á donde nos hacíamos la ilusión de descansar de nuestras fatigas. Aunque estaba muy adelantada la noche, nos encontramos toda la gente en pie, á consecuencia de una función de acróbatas que había tenido lugar.

Tal suceso pareció contrariar á D. Manuel Doblado; pero no obstante, nos alojamos en la hermosa casa de la hacienda, cuyo gran patio, sembrado de naranjos, debe ser delicioso de día. En un cuarto tendieron colchones para que descansáramos, y nos sirvieron chocolate, primer alimento que tomábamos la mayor parte, si no todos los presentes, hacía treinta horas.

Tomando aquel frugal refrigerio, nos tiramos vestidos sobre los colchones, excepto el General Doblado, que estaba inquieto, porque la pequeña fuerza de lanceros que nos servía de escolta, sin duda se había extraviado, pues no llegaba á la hacienda.

El General había mandado por distintos rumbos varios exploradores para buscar aquella fuerza; pero unos, después de otros, llegaban diciendo que no parecía. Es-

to dió lugar á que dispusiera que en el acto nos pusiéramos en marcha, por tener motivos de desconfianza de la gente de la hacienda.

Con el mayor dolor de mi corazón me levanté para montar de nuevo á caballo, el que como otra vez, tuvo Rosado la bondad de ensillar, porque yo estaba imposibilitado de hacerlo.

Con motivo del estado enfermizo de mi cerebro, caminaba yo por campos fantásticos imposibles de entender y menos de describir.

Mas al mismo tiempo que se deleitaba mi espíritu en la contemplación de multitud de figuras rarísimas, que cambiaban sin cesar de formas, á la indecisa claridad del horizonte, mi cuerpo era presa de los más acerbos dolores.

Los efectos causados por la enfermedad, la agitación y el cansancio producidos por cerca de treinta horas de andar á caballo, y los frutos perniciosos del abundante rocío que me empapaba, desprovisto como me hallaba de capote ú otro abrigo; me tenían en un potro de tormentos, del que hubiera deseado librarme aun á costa de la vida.

Para mayor pena, mi caballo se encabritaba cada vez que me venía un acceso de basca, y como no tenía freno, me costaba trabajo sosegarlo y hacerlo caminar; de lo que resultaba quedarme rezagado, no siendo la menor de mis preocupaciones la de extraviarme, en cuyo caso caería sin duda en poder de los contrarios, pues caminábamos en país enemigo.

Por fin, la luz consoladora del día se anunció; y cuando comenzó á iluminar los objetos de modo que se pudieran distinguir perfectamente, nos encontramos á orillas de un lago azul, cuyas aguas en menudas ondas rizaba la brisa matutina. En la orilla opuesta, una hermosa iglesia se veía rodeada de verdes y copudos árboles.

¡Ay! cuánto sentí que mi cuerpo no estuviese sano, para poder gozar en toda su plenitud del encanto que producía el paisaje que tenía delante!



Sin embargo, mi espíritu absorbía como una cámara oscura las risueñas imágenes de aquel bello panorama, para recordarlas después en momentos de calma.

Entretenidos en la contemplación del lugar, dejamos atrás el hermoso lago.

Allí estaba Yuriria ó Yuririapundaro, "Lago de Sangre."

Entramos en la población con el placer con que un náufrago asido á una tabla debe poner la planta en la playa salvadora. Creíamos con el mayor candor que en aquella vez gozaríamos del descanso que tanta falta nos hacía.

Un Licenciado, amigo de D. Manuel Doblado, nos dió hospitalidad, diciéndonos que como aun no se tenía en la población noticia de nuestra derrota, podíamos permanecer allí por algunas horas; pero que estuviéramos listos para marchar, porque aquel pueblo era fanático, y se levantaría en armas á la primera señal. Nos anunció que había puesto un vigía en la torre de la Parroquia, para observar el camino.

En seguida nos mandó dar chocolate, que yo tomé con gusto, siendo el segundo pocillo que mi estómago recibía en treintaseis horas de ayuno.

Nos acomodamos como pudimos, mientras en el corral comían algo los caballos. A mí me tocó un banco de cama que aunque duro, me pareció de mullida pluma. Había yo puesto la silla del caballo de almohada, y me disponía á saborear algunas horas de descanso, cuando entrando precipitadamente el Licenciado nos anunció que el vigía de la torre había descubierto una partida de caballería que caminaba rumbo á Yuriria, y por lo tanto, que creía prudente que nos fuésemos.

Montamos de nuevo á caballo, y á poco andar comenzamos á descender por una cuesta pedregosa, árida y triste, como la imagen de la desolación. Aquel paisaje sí estaba en armonía con el estado de mi espíritu.

Cuando bajamos á la llanura, el espectáculo cambió: atravesábamos fértiles campos perfectamente labrados, y á las doce del día llegamos á Moroleón.

Aquel pueblo lleno de animación y alegría, era amigo.

Nos alojaron cómodamente, mandaron hacer de comer, y á las cuarenta y dos horas de la última comida que hicimos en Apaseo, volvimos á sentarnos formalmente á la mesa.

D. Manuel Doblado, que era muy aficionado á las golosinas, había comprado en la plaza gran cantidad de fruta, que trajo en una mascada.

Extendiendo la mascada sobre la mesa, nos dejó ver los tesoros que encerraba, y dirigiéndose á mí, me preguntó si no me atrevía á comer. Yo le contesté que puesto que era fama de que los desórdenes curaban los fríos, haría la experiencia para verificar el hecho.

Diciendo y haciendo, comí de todo lo que me incitó, sin detenerme en la cantidad.

Como era de esperar, al día siguiente amanecí tan enfermo, que hube de manifestar al General mi resolución de no salir de aquel lugar, porque ya no me era posible montar á caballo.

El General me contestó que no le parecía acertada mi determinación, porque aunque nos hallábamos en un pueblo amigo, podría suceder que llegasen algunas fuerzas reaccionarias, en cuyo caso mi vida correría peligro.

Entonces le dije que me consiguiera de la autoridad que se me condujese hasta Cuitzeo en una camilla, que yo pagaría á los conductores.

Así se hizo, nombrándose el número suficiente de hombres, para que se fuesen relevando.

Me proveí de gran cantidad de granaditas de China, con objeto de apagar la sed que me devoraba, evitando así el tomar agua, que tanto mal me hacía.

La invención me dió el mejor resultado, y aquel día probé cierto bienestar, caminando con la mayor comodidad.

Aunque el General se había adelantado con intención de llegar á Morelia en el mismo día, me dejó algunos de sus Ayudantes para que me acompañasen.

Como á las dos de la tarde llegamos á Cuitzeo, don-